



Postconvencionales

No. 5-6, septiembre 2012, pp. 76-92. ISSN 2220-7333.

ESCUELA DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y ADMINISTRATIVOS



Camas para bananas*

Lawrence Kohlberg

* Versión castellana de: Kohlberg L. (1948). Beds for Bananas. In Schwarz, Leo W. (Ed.). *The Menorah Treasury, Harvest of Half a Century* (pp. 560-577). Philadelphia: The Jewish Publication Society of America.

Éramos el octavo o el noveno barco enviado al otro lado desde América, en mayo de 1947, para llevar refugiados a Palestina “ilegalmente”. El nombre hebreo para esta forma de esquivar el bloqueo era *Aliyá Bet*, la “Segunda Inmigración”. Como el nombre lo indica, no se trataba de una conspiración. Todo se había hecho legalmente en los Estados Unidos; y los dólares americanos lo hicieron legal en Europa. Respecto a mantenerlo secreto de los británicos —bueno, siempre podíamos conservar la esperanza. Pero nos quedaríamos contentos con tan sólo sacar a la gente de Europa, aunque fuese apenas hasta Chipre.

Tomé una lancha hacia el barco y, como era el único pasajero en ella, comencé a hablar con el hombre al mando.

—“¿En qué barco estás?”, preguntó él.

—“El *Paducah*”.

—“¿Ondea la bandera panameña?”.

—“Sí”.

—“¿No está llevando judíos a Palestina?”.

—“No. Vamos a transportar bananas”.

¿Qué había allí que hubiese podido delatar a nuestro barco? El perito del puerto ni se dio cuenta. Se volteó hacia nuestro segundo oficial, judío, con una mirada de desconcierto y dijo: “Cristo, hay muchos judíos en este barco”.

El buque había sido barco de entrenamiento de la Armada, tenía cuarenta y cinco años, velocidad de diez nudos, y capacidad de 900 toneladas. Ni siquiera yo podía creer que ese barco llevara 1.500 pasajeros. Más que el *Queen Mary*. Si es que alguna vez llegábamos tan lejos.

Eso era algo que me preguntaba con frecuencia. Ustedes también se lo habrían preguntado, si hubiesen estado a bordo mientras surcábamos el Atlántico. Podrían haber bajado a la sala de calderas y me habrían encontrado allí, mirando hacia arriba, a la válvula indicadora del nivel. No había agua en ella.

Entonces repasaría para mis adentros los procedimientos de operación.

Si la válvula indicadora se queda sin agua, apagar y asegurar las calderas. Cuando la caldera esté fría, inspeccionarla para descartar la presencia de tubos abombados o quemados.

—“Apaga las calderas, Len”, gritaría yo.

—“Deja los nervios, Larry. El agua subirá en un rato”.

Así que me encogería de hombros y caminaría de regreso al cuarto de máquinas.

O, quizás, se pasearían ustedes por la cubierta. El contramaestre, un chico que había estado en la Armada, proveniente de Brownsville, Nueva York, probablemente estaría buscando a Perdigón. Lo llamábamos Perdigón por la cantidad de plomo que tenía en el ala. Había dejado la universidad para hacer este viaje y todavía conservaba el vocabulario

esdrújulo y los lentes con montura de carey, de estudiante. Era un trotskista y había traído enormes reservas de literatura para convertir a la tripulación y a los refugiados.

Perdigón había venido con un amigo de la universidad, “Eli”, y desde entonces eran inseparables. Eli sufría por los pecados de su camarada. Colectivamente, eran “los Gemelos del Polvo de Oro”. Mirarlos cuando era su turno de limpiar los retretes era un privilegio. Cada uno tenía su propia idea de cómo debía hacerse y pasaban una hora discutiendo los méritos de sus respectivos sistemas. Finalmente, Perdigón diría con una voz llena de noble sacrificio: “De acuerdo, vamos a hacerlo a tu manera”; y entonces le entregaba a Eli la mopa.

Finalmente, convocamos una asamblea de la tripulación en la que se hizo una moción para transferirlos a ambos a la cocina donde realmente tendrían que trabajar. Acto seguido, los Gemelos del Polvo de Oro comenzaron una larga maniobra obstruccionista demostrando que los derechos fundamentales del hombre estaban en juego y, en definitiva, se quedaron en cubierta. Solía preguntarle a Perdigón si se enfadaba con sus perseguidores, pero él respondía: “No es el individuo, es el sistema el que falla”.

Su principal perseguidor era “Pesado”, nuestro tercer oficial, un gentil¹ de unos ciento cincuenta kilos. Era uno de los tres miembros de nuestra tripulación que había estado en el famoso barco de la “Liga por una Palestina Libre”, el *Ben Hecht*. Después de haber hecho un viaje por los periódicos, estos chicos habían decidido hacer uno por los judíos. La explicación del servicio no remunerado de Pesado parecía ser un corazón blando, que él mantenía bastante bien oculto de nuestros marineros voluntarios.

Era la política de la *Haganá*² contratar algunos oficiales regulares de la marina mercante y depender de ellos para enseñar a los miembros voluntarios de la tripulación cómo ser hombres de mar. La mayoría de estos chicos no estaban conectados con ninguna organización sionista. Habían leído en los periódicos sobre los barcos de inmigrantes y buscaban por ahí hasta que encontraban a alguien que pudiera decirles cómo entrar en contacto con la *Haganá*.

Pasados seis días, llegamos a Faial, en las Azores, donde surgió nuestro primer contratiempo. Se suponía que obtendríamos combustible y agua allí, pero los británicos controlaban todo el petróleo de la isla y lo habían restringido, mientras que los agentes exigían efectivo por el agua y las provisiones; así que nos retrasamos una semana esperando que llegara el dinero.

Finalmente partimos, rumbo a Lisboa, donde se suponía que definitivamente conseguiríamos petróleo, y algunos días después llegamos y anclamos en el río Tajo. Mientras esperábamos allí, el hombre clave de nuestro barco decidió renunciar. Era Max, nuestro cocinero y camarero, un viejo marinero contratado en la oficina del sindicato. Aunque mitad judío, por su padre, era católico como su madre; y como su esposa que le esperaba en Alejandría, Egipto. Se había casado con ella por teléfono y no la había visto

¹ Es decir, no judío [NdT].

² La *Haganá* (“defensa” en hebreo) fue una organización paramilitar de autodefensa judía, predecesora del actual ejército israelí, creada en 1920 durante el Mandato Británico de Palestina [NdT].

nunca. Estaba decidido a llegar a Egipto por Palestina, pero nuestra mentalidad independiente y nuestras finas manos en la cocina eran demasiado para él. La única manera en que podía soportarlo era embriagándose y empezando a lanzar los cuchillos de carnicero por aquí y por allá. Sin embargo, esto algunas veces no era suficiente para mantenernos en línea, y entonces le daba por beber más y más. Así que cuando lanzamos el ancla, él se tomó un par de botellas y comenzó a empacar. Estaba renunciando. Entonces, sin pedir una lancha, calmadamente bajó por la pasarela hasta el río, maleta en mano.

El segundo oficial saltó, lo pescó, y pronto estaba de regreso en la cocina preparando la cena.

Esa noche la tripulación tuvo una asamblea en la que decidimos no desembarcar para no ir meter al barco en posibles líos con las autoridades. Entonces se sirvió cerveza como consuelo por nuestro sacrificio; después de lo cual todos desembarcamos.

De nuevo fue imposible conseguir petróleo, así que recibimos órdenes de dirigirnos a Bayona, un pequeño puerto en la costa atlántica de Francia, cerca de la frontera española. Para ese momento el informe del Jefe de máquinas acerca de la cantidad de petróleo que quedaba a bordo venía precedido de un signo negativo; pero, afortunadamente, sus cálculos estaban equivocados y llegamos a Bayona por nuestro propio impulso.

Allí atracamos al lado de otro barco de la *Haganá*, el *Northland*, que nos acompañaría hasta el final. Su tripulación estaba en un estado tal de confusión que nosotros parecíamos un modelo de disciplina al lado de ella. Su actitud estaba representada por Labal, un escritor del Greenwich Village. Se decía que él se había embarcado en el viaje porque no podía seguir pagando la renta de doce dólares al mes por su apartamento en el Village. La mayoría de sus escritos eran un poco demasiado oscuros como para lograr gran popularidad. Sin embargo, un cuento suyo había aparecido en *Death Magazine*. Ésta era una revista de la que sólo había aparecido el primer número, editado por Labal. Justo después de su publicación, él se vio obligado a dejar la ciudad para escapar del impresor, que le estaba cobrando la cuenta.

Al igual que la mayoría de los otros chicos en el *Northland*, Labal no se había llevado bien con el capitán. Así que con el ultimátum de que o era él o el capitán, se fue a París, donde siguió recibiendo dinero de la *Haganá* para gastos personales. Al final, Labal salió triunfante. El capitán causó demasiados problemas y fue enviado de regreso a los Estados Unidos.

Mientras tanto, tres *Shu-Shus* subieron a bordo de nuestro barco. Los *Shu-Shus* eran líderes palestinos de la *Haganá* y nuestros jefes reales. John, a cargo de todo el barco, era un hombre alto, tranquilo y decidido, con poco más de veinte años. Chaim era un gran hablador, rebotante de chistes *yiddish*, y un encantador de mujeres; pero, por debajo era duro y calculador. Él organizaba a la gente que subía a bordo en lo referente a la distribución de la comida y el trabajo. Menachim, un hombre pequeño, tranquilo y cordial,

con una esposa e hijo en un asentamiento colectivo en Galilea, iba a ser nuestro operador de radio dado que conocía el código de la *Haganá*.

La *Haganá* tenía una importante organización en Francia, pero trabajaba sin ninguna ceremonia. Tiempo después me quedé asombrado cuando encontré al jefe de la organización, que había negociado con los ministros del gabinete y que había estado al mando de barcos, lavando platos en su asentamiento colectivo en Palestina. Estos Shu-Shus manejaban enormes sumas de dinero sin ningún chance de llevar una adecuada contabilidad, pero vivían exactamente como nosotros, y a ninguno se nos habría ocurrido jamás dudar de su absoluta honestidad. Se tomaban su misión con una seriedad tal que los llevaba a vernos como si fuéramos donjuanes y aventureros.

Los carpinteros y mecánicos navales franceses comenzaron a quitar todos los accesorios inútiles y a poner literas de madera, de a tres, como estantes, mientras que la tripulación andaba prácticamente libre. Pero siempre podíamos contar con que Max, el camarero, estuviera a bordo a las seis en punto cada mañana, incluso si había bebido mucho coñac la noche anterior.

La noche en que oímos que él había muerto de manera repentina, quedamos terriblemente impresionados. Nuestra pena fue mitigada un tanto, sin embargo, cuando supimos que había muerto como un verdadero marinero. Lo habían encontrado en la bañera del hotel, con una botella de coñac apretada en la mano y una chica en su habitación. Al día siguiente nos enteramos de que la *Haganá* había dispuesto darle un funeral católico con toda la parafernalia en la antigua catedral gótica de Bayona. Así que no se haría ningún trabajo en el *Northland* y el *Paducah* durante ese día. Y según escuchamos, algunas de las damas del pueblo de quienes él se había hecho amigo y a quienes había beneficiado iban a asistir.

A la mañana siguiente cuarenta y ocho dolientes judíos ingresaron a la gran catedral y tomaron asiento delante del ataúd rodeado de velas. Nuestro primer maquinista, gentil, había nacido como católico y, aunque hacía mucho tiempo había dejado la Iglesia, contábamos con él para que nos mostrara cuándo hacer los responsorios adecuados. Pero todo eso estaba muy oxidado en su cabeza, así que también él empezó a mirar con disimulo hacia la parte de atrás de la iglesia para ver lo que los otros dolientes, las damas de la ciudad, estaban haciendo.

Bayona es una de las ciudades más atractivas que he conocido alguna vez. Fue una ciudad importante en la Edad Media y más tarde un centro para los piratas, pero ahora sólo era una ciudad de 35.000 personas, con calles tranquilas, murallas decadentes y la bella y antigua catedral. A las 9:30 de la noche el pequeño tranvía *Toonerville* que nos llevaba a nuestro barco se detuvo y caminamos por calles desiertas. Nunca adivinamos lo abarrotadas que estarían esas calles un mes después cuando se hizo una fiesta de seis días, con lanzamiento de confeti, fuegos artificiales, carreras de bicicleta y bailes sobre el pavimento adoquinado. La *fête* realmente se centraba en torno a las corridas de toros, que se hacían en el estadio, porque había muchos españoles y vascos; y también se hacían *courses des*

vaches, en las que se soltaban las vacas en las calles para que enfrentaran a los matadores amateurs de la ciudad.

El paso de la tripulación era marcado por Lewis, nuestro oficial y ahora patrón del *Northland*. Su primer acto al desembarcar en Bayona fue ir a la estación de policía, presentarse y describir lo importante de su posición y conexiones, para que en caso de que tuvieran que encerrarlo le dieran un buen trato. (De hecho, no tuvo que esperar mucho).

Poco después, le vimos en la plaza en frente del ayuntamiento, donde tenía lugar una celebración de las Naciones Unidas. Lideraba el desfile de soldados y daba órdenes, que ellos tomaban con buen humor. Luego se tocó la “Marseillaise”, que Lewis cantó con gusto, aunque confundiendo las palabras con “Hinkey, Dinkey, Parlez-Vous”. Más tarde ese día compró veinte dólares de caramelos que llevó al orfanato local y comenzó un motín entre los niños. Ahí fue cuando aparecieron los gendarmes. El motín no les importó; pero cuando un hombre regala veinte dólares en caramelos, los franceses saben que debe ser encerrado.

Nuestro lado más espiritual estaba representado por Perdigón, que consiguió enamorarse tres veces durante nuestra estadía de seis semanas.

Al principio la gente de la ciudad pareció aceptarnos como un barco de carga, pero luego de un tiempo se supo nuestro verdadero propósito y los reporteros y fotógrafos franceses comenzaron a venir.

Ellos nos preguntaron para qué eran los estantes de madera y les dijimos que íbamos a transportar bananas en ellos. Al día siguiente el periódico de Bayona vino con el titular “*Couchettes pour les Bananes*” (Camas para Bananas), con un artículo relatando que íbamos a llevar refugiados a Palestina.

Por supuesto, los oficiales franceses habían sabido desde el principio quiénes éramos. Pero ahora salían con una declaración pública que nos ordenaba no cargar personas a bordo en Bayona, lo cual nunca tuvimos ninguna intención de hacer. Esto fue en julio, justo después de que capturaron al *Exodus*; entonces los oficiales franceses “descubrieron” que había partido con autorización y visas falsas desde Sète. Así que multaron a la compañía naviera a la que pertenecía por \$80.000. El *Northland* pertenecía a la misma compañía e iba a ser embargado hasta que se pagara la multa.

Temíamos que pudieran decidir retenernos a nosotros también, así que trabajamos febrilmente para terminar los nuevos tanques de agua y poner las ventilas y las literas. Dejamos toda nuestra ropa buena, así como los pasaportes y documentos para que la *Haganá* los guardara en Francia, y zarpamos a las cinco una mañana hacia un destino desconocido para la tripulación.

Tan pronto como dejamos el puerto viramos hacia el Sur, y las apuestas eran que nos dirigiáramos al Mar Negro, tras la Cortina de Hierro. Todos estábamos tensos a medida que nos aproximábamos al estrecho de Gibraltar, ya que un barco destinado a llevar refugiados

había sido capturado allí por los británicos. Calculamos el tiempo para llegar de noche, y nos abrazamos a la costa norafricana alejándonos del peñón tanto como nos fue posible. Nadie nos detectó y nos fuimos a dormir, eufóricos por habernos escurrido entre las garras del León.

Pero a la mañana siguiente, al terminar mi turno, ví a un destructor británico aproximadamente a un cuarto de milla detrás de nosotros. No había nada casual en eso, nos había estado rastreando desde la madrugada. Pronto empezó a rebasarnos y a hacer señales. El contra maestre empezó a tocar un disco en el sistema de altavoces, la canción popular que dice “Bienvenido, bienvenido, hemos esperado y esperado y ahora estamos eufóricos de darte la bienvenida a casa”. El Destructor transmitió con reflectores la pregunta: “¿Cuál es su destino?” y respondimos: “Livorno, Italia”. Pero permaneció junto a nosotros mientras su tripulación se alineaba para mirarnos más de cerca. Dos de nuestros muchachos, en un humor juguetón, sacaron sábanas y toallas, se vistieron como árabes e hicieron como si oraran en dirección a La Meca. Estábamos tan cerca que pudimos escuchar a un par de marineros ingleses decir: “Caray, hasta tienen unos condenados árabes a bordo”. Después de un rato, el destructor se quedó atrás de nuevo y siguió nuestra estela.

Para ese entonces vimos que nuestros condensadores estaban goteando, lo que significaba que nuestra agua nunca duraría hasta nuestro destino; así que entramos en Bohn, en Argelia, para aprovisionarnos de agua fresca. Nuestra escolta británica esperó pacientemente fuera del puerto, como un detective privado en un caso de divorcio, y nos siguió la pista cuando nos fuimos al día siguiente. Cuando alcanzamos la costa griega, parecían un poco incrédulos de que señaláramos Livorno como nuestro destino. Finalmente los dejamos atrás en los Dardanelos, donde los barcos de guerra no podían entrar, y ellos nos transmitieron: “Adiós, nos vemos luego”.

Ya el informe de nuestra reserva de petróleo estaba de nuevo en el lado negativo. Sólo había un tanque que todavía contenía petróleo, y la bomba de combustible no podía succionarlo. Así que el ingeniero en jefe ordenó a toda la tripulación formar una brigada de tobos, pasando tobos de petróleo de un tanque al otro. Finalmente, nuestro primer maquinista armó una bomba portátil y transfirió suficiente petróleo para llevarnos a nuestro destino: Varna, Bulgaria.

Tan pronto como llegamos, un enjambre de *Shu-Shus* subió a bordo, junto con varios funcionarios de gobierno y policías secretos búlgaros. Parecía que la *Haganá* nos había allanado el camino allí, y se suponía que un tren cargado de petróleo venía desde Rumania.

No se nos permitió dejar el barco. Pero si los americanos no podían venir a Varna, Varna vendría a los americanos. Éramos el primer barco estadounidense allí desde la guerra y multitudes de curiosos venían a mirarnos. Cumpliendo con los deberes de hospitalidad, el contra maestre tocó nuestros discos de jazz más recientes por el altavoz, e incluso hicimos algunos programas de radio improvisados, inofensivos ya que ninguna de esas personas comprendía el inglés.

Pronto, sin embargo, nuestro combustible se agotó, y sin electricidad o agua corriente aguardábamos el prometido tren de petróleo. Finalmente el combustible apareció, reducido

de un tren a un caballo y una carreta con unos pocos barriles de gasoil. Pusimos en marcha las calderas y tuvimos electricidad por unas pocas horas hasta que se nos acabó de nuevo y nos dedicamos a esperar la próxima carga.

Sin embargo, olvidamos todo acerca de estos pequeños inconvenientes cuando John, nuestro patrón *Shu-Shu*, anunció que nos había conseguido permiso para desembarcar. En unos pocos minutos, el barco estuvo prácticamente desierto y todos andábamos explorando la vida tras la Cortina de Hierro.

Éramos afortunados de estar en Varna, ya que era el primer centro turístico de Bulgaria y había mucha gente que hablaba francés, alemán o incluso inglés. Aunque siempre estaban murmurando acerca de la policía secreta y la milicia, todos parecían sentirse libres para quejarse con nosotros sobre el nuevo régimen. Creo que, al final, todos los que conversaron con nosotros en Varna nos preguntaron si podíamos sacarlos de contrabando en nuestro barco. Hasta la reina del cine búlgaro, a quien el contraataca solía llevar de paseo por ahí, dijo que dejaría su carrera para trabajar como criada doméstica en los Estados Unidos. Cuando Rudy, nuestro capitán, que era un antiguo miembro del Partido Comunista, empezó a decirles a estos búlgaros cuán maravilloso era su nuevo régimen y lo decadente que era realmente América, se dieron algunas situaciones bastante extrañas.

Pero después del “escándalo” todos se volvieron cautelosos en cuanto a ser vistos con nosotros.

El “escándalo” ocurrió después de que pasamos la tarde en una taberna en el campo a la orilla del camino. La taberna consistía de un granero con bancos y mesas, donde un granjero servía su vodka casero. Algunos cerdos vagaban entre nuestras piernas y los pollos batían sus alas alrededor; pero a pesar de estas distracciones logramos mantenernos concentrados en el vodka. Más tarde regresamos a una taberna al aire libre en la calle principal de la ciudad, donde todo estaba bastante tranquilo hasta que George decidió bailar el *jopak*¹ en la mesa. George, que tenía la constitución de un buey, era normalmente el principal soporte moral de la tripulación, pero ahora estaba realmente inspirado y pronto hubo una gran muchedumbre alrededor de nosotros. Finalmente se sentó, pero entonces decidió hacer un bis y cuando cinco de nosotros tratamos de retenerlo abajo realmente se desató, lanzando mesas y sillas al aire. Pronto un grupo de policías secretos y soldados búlgaros aparecieron y nos llevaron apresuradamente a todos a la cárcel, hasta que John el *Shu-Shu* vino y nos sacó.

Había bastantes judíos en Varna, pero no tenían mucho que ver con nosotros. Nuestros pasajeros iban a venir de Rumania; a los judíos búlgaros no se les permitía dejar el país. A diferencia de los judíos en Rumania, estas personas son necesarias en Bulgaria. Son descendientes de judíos españoles que vinieron durante la Inquisición. Nunca hubo mucho antisemitismo en Bulgaria; y durante la guerra, por ser un aliado de Alemania, al gobierno

¹ Danza popular ucraniana, con muchos saltos y elementos acrobáticos [NdT].

búlgaro se le permitió controlar a sus judíos. En consecuencia, escaparon mucho más fácilmente que los demás judíos en áreas dominadas por los alemanes. Dado que la mayoría son bastante instruidos, son útiles en la campesina Bulgaria.

Los británicos habían estado presionando al gobierno, a través de la Comisión de Control Aliada, para que nos hiciera salir. Finalmente se nos ordenó dejar Varna; así que el viernes, temprano en la mañana, partimos y desembarcamos de nuevo a veinte millas en la costa de Burgos. La Comisión de Control Aliada no se reunió durante el fin de semana; la semana siguiente se firmó el tratado de paz búlgaro y quedamos a salvo.

Pronto se nos unió el *Northland*, que finalmente había sido liberado en Francia, y juntos esperábamos a los refugiados. Todos los días se suponía que venían en camino; pero pasaron semanas antes de que nos dijeran que los trenes de carga repletos de personas llegarían sin lugar a dudas esa noche.

El *Northland* iba a cargar primero, mientras que nosotros todavía teníamos que aprovisionarnos de petróleo; pero todos íbamos a ir para organizar la carga, ya que tenía que terminar antes del amanecer. Fue el día-D para nosotros, y todos compartimos la emoción de Davey, nuestro fervientemente religioso ex profesor de hebreo.

Más o menos a la medianoche el tren por fin llegó y se le dio paso hacia el muelle. Había tres mil refugiados, gente anciana cargada de enormes paquetes que contenían todas sus posesiones terrenales, jóvenes marchando al ritmo de canciones militantes hebreas, niños huérfanos, y por último una mujer con su bebé, nacido pocas horas antes en un vagón de carga.

Davey, quien se suponía que dirigiría a la gente, empezó a abrazar a cada uno de ellos. Rudy, nuestro capitán, se echó a llorar, aunque esa no era la línea comunista. Una nota más sobria la dio Charlie, nuestro primer maquinista, gentil, quien se volteó hacia mí cuando el primer refugiado subió por la pasarela y me dijo: “No estoy seguro, pero ese tipo me luce bien judío”.

Pronto todos estuvimos ocupados tratando de apretar a una mamá o a un niño más en esos estantes de tres tramos. La gente esperaba encontrar marineros griegos o turcos, así que estuvieron realmente sorprendidos de encontrar judíos, voluntarios judeo-americanos. John el *Shu-Shu* dijo que deseaba que hubiese cincuenta más de nosotros, no porque fuésemos buenos marineros sino porque le habíamos levantado el ánimo a la gente.

Nos llevó cinco horas terminar de cargar, y a las seis de la mañana el *Northland* arrancó, con la gente cantando “Hatikvah”, el himno nacional hebreo. Ancló en el puerto para esperar que nosotros cargáramos, pero la gente pensó que era para no viajar al día siguiente, que era *Yom Kipur*¹. La cubierta del *Northland* estaba atestada de gente que se mecía en oración, arrojando los pecados del año al agua. Cuando su capitán, Lewis,

¹ Día judío del perdón, considerado el día más santo y solemne del año [NdT].

apareció en la cubierta con un gorro ritual y un chal de oración, balanceándose —aunque no por éxtasis religioso— estuvieron seguros de que su destino estaba en manos piadosas.

Mientras tanto, el tren del petróleo llegó al fin, y la noche siguiente cargamos nuestros propios mil quinientos pasajeros y partimos. El mar estaba tranquilo y la gente parecía feliz. Recibían dos comidas calientes por día, así como cigarrillos y chocolate, y la ventilación no era demasiado mala, aunque las condiciones para dormir en las abarrotadas literas de madera no eran demasiado cómodas. Su principal queja era que no podían lavarse sino con agua salada.

Había muchos médicos y enfermeras a bordo, y habíamos establecido un hospital. A uno de los muchachos hasta le taladraron un diente, gracias a un dentista que había traído su equipo consigo.

Había un par de acordeones, aunque no había mucho espacio para bailar, y todos eran muy amigables. Perdigón pronto se enamoró de nuevo. Pero el acontecimiento social más importante del crucero fue un matrimonio, celebrado en la cubierta bajo un chal de oración, y después la correspondiente recepción en las galerías de la cocina. Desafortunadamente, no hubo un camarote privado para la joven pareja.

La mayoría de las pasajeros eran rumanos, aunque muchos eran sobrevivientes de los campos alemanes y otros habían estado en Rusia durante la guerra. Incluso teníamos algunos héroes del Ejército Rojo con cajas llenas de medallas. Sus actitudes hacia los soviéticos iban desde la tibieza hasta la frialdad. Todos ellos se quejaban del antisemitismo en Rusia, particularmente en Ucrania, aunque algunos decían que no era culpa del gobierno. La mayoría parecía dar por sentados los métodos rusos de gobierno; diez años de sufrimiento los habían endurecido un poco. Incluso podían bromear sobre ser enviados a la fábrica de jabón. No teníamos ningún judío que fuese ruso por nacimiento. Aparentemente, para ellos era imposible salir.

La vida tomó un tono más serio cuando atravesamos los Dardanelos, porque allí estaba el destructor británico esperándonos, al que pronto se le unieron varios otros destructores y un par de cruceros ligeros. Cuando pasábamos entre las islas Egeas con los ingleses detrás de nosotros, nos transmitieron un mensaje con el reflector para decirnos que el rumbo que estábamos tomando nos llevaría peligrosamente cerca de zonas minadas. Era un problema terrible para el capitán: ¿debería creer en la palabra de los ingleses? A nosotros nos parecía increíble que trataran de engañarnos; pero el capitán decidió seguir su rumbo inicial y pasamos sin problemas.

Todo el tiempo habíamos estado esperando transferir nuestra gente al *Northland* a unas cien millas de la costa palestina, para así poder regresar por otra carga. La sexta noche recibimos órdenes de detenernos para hacer el cambio; pero cuando la tripulación del *Northland* trató de transferir a su gente bajo cubierta para hacerle espacio a nuestra gente se dieron cuenta de que no había suficiente espacio, así que tuvimos que prepararnos para ser abordados.

A la mañana siguiente la bandera hebrea, la estrella azul de David, ondeaba desde nuestro mástil, el cual el contraataca había engrasado para que los británicos no pudieran bajarla. De nuestro lado se colgó un gran letrero con nuestro nuevo nombre, el barco de la *Haganá, Geulah* (“Redención”). El *Northland* también llevaba carteles con su nuevo nombre, *Medinah Yehudit* (“Un Estado Judío”).

Teníamos abundantes mazos de madera a bordo y todos los jóvenes parecían ansiosos de luchar contra el grupo de abordaje, pero recibimos un mensaje de radio de Palestina para que no opusiéramos resistencia. Aproximadamente al mediodía hicimos una emisión para la estación de radio de la *Haganá*, que la redifundió para toda Palestina. Algunas de las personas cantaron canciones hebreas; Chaim, nuestro orador oficial, dio un discurso en hebreo; y algunos de nosotros nos reunimos y escribimos un discurso en inglés. O más bien, dejamos que Lippy, nuestro ex director social de los veteranos judíos del Borough Park, escribiera un discurso de tres mil palabras, que luego redujimos a las lacónicas trescientas palabras requeridas, eliminando algunos de los clichés.

Para entonces podíamos ver la costa de Palestina a la distancia, y los infantes de marina británicos estaban alineándose en las plataformas de desembarque construidas sobre los destructores. Los miembros de nuestra tripulación, para disfrazarse, estaban todos ocupados buscando harapos de los refugiados, adoptando bebés e incluso familias enteras, y andaban murmurando frases en *yiddish* para sí mismos. Noté a un joven rabino, con todo y su barba, sombrero y abrigo negros, chal de oración y una Biblia, la cual les estaba leyendo a un grupo de niños. Cuando me acerqué, sin cambiar su entonación profirió alguna grosería conocida sólo en Brooklyn. Era Lou, el ateo, uno de los muchachos que habían estado en el *Ben Hecht* y que habían sido retenidos por los británicos. Ahora sabía yo por qué se había dejado crecer la barba durante todo el viaje.

El jefe, Len el encargado de la caldera, y mi persona debíamos estar abajo cuando los británicos abordaran el barco para dejar las calderas fuera de servicio, de manera tal que se vieran obligados a remolcar la nave. A Len y a mí nos preocupaba que los británicos nos encontraran abajo y que nos trataran como marineros, con una posible pena de cuatro años de prisión. El jefe dijo: “Mi única preocupación es que la *Haganá* vaya a la quiebra”: a él le seguirían pagando en la cárcel. Pero todos nos sentimos aliviados cuando enviaron abajo a veinte refugiados para que se mezclaran con nosotros en el cuarto de máquinas.

Aproximadamente a diez millas de la costa de Palestina, al sur de Haifa, los británicos se nos pusieron al lado y nos dijeron que regresáramos. No hubo respuesta a esto, así que empezaron a lanzar granadas de gas lacrimógeno y luego abordaron. Abajo, sentimos un estruendo cuando el destructor golpeó nuestro costado. Saboteamos la planta, subimos a toda prisa por la escalera de emergencia y nos mezclamos con la gente en la cubierta. Los británicos habían tomado el control de la cabina de mando sin violencia y ahora estaban parados, mirándonos, entre curiosos y preocupados.

John y Chaim repartieron entre la gente la comida y los cigarrillos que quedaban.

Era de noche para cuando nos remolcaron al puerto de Haifa. Los focos nos encandilaban al llegar. Lou el “Rabino” y mi persona estuvimos entre los primeros que bajamos y atravesamos el trance de la requisa y la fumigación con D.D.T. Los británicos eran “Diablos Rojos”, tropas del Primer Ejército Aerotransportado, la mayoría muchachos aburridos de más o menos mi edad. Se dirigieron a nosotros en inglés y fue difícil no comprender cuando un sargento le dijo a Eli: “Te ves igualito a mi estúpido primo”. Otro miró a Lou y preguntó: “¿Qué es eso?” y el sargento respondió con un aire de sabiduría: “Oh, es un judío muy religioso”. Estábamos preocupados por Pesado, nuestro oficial de ciento cincuenta kilos; pero lo vimos subir al barco inglés con John el *Shu-Shu* y supimos que hasta entonces estaba bien.

Los barcos que usaron para llevarnos a Chipre eran barcos de carga con parte de la cubierta enrejada y un par de grandes habitaciones con hileras de bancos. Por algún giro irónico se llamaban *Empire Rest* y *Empire Comfort*¹.

Fue cuando entramos al *Empire Rest* que nos dimos cuenta por primera vez de la gratitud que nuestra gente sentía hacia nosotros. Tan pronto como pasamos frente a los guardias británicos, un grupo de los refugiados corrió tratando de ponernos a gusto, trayéndonos las galletas saladas y el té que los británicos habían repartido, haciendo espacio para que nos recostáramos en los bancos, dándonos sus abrigos, e incluso disculpándose por la arpía que estaba sentada al frente gritándole a su esposo y acusándolo de hacer una escena cada vez que él abría su boca para decir “Sí, querida”. Entonces me arrepentí de las ásperas respuestas que les había dado a algunas de esas personas en el barco, cuando me habían pedido favores o cuando sus modales no habían sido del todo buenos. Era agradable ser un héroe y parte de la leyenda de su barco, el *Redención*.

Los guardias británicos nos permitían subir para tomar aire por períodos de quince minutos en las partes enrejadas de la cubierta, dándole preferencia a mujeres y niños. Mientras esperábamos en la puerta, el cabo inglés dijo: “No me miren a mí, es ese bastardo de allá arriba quien no los deja salir”, señalando al sargento en la parte superior de las escaleras.

Cuando dejamos el barco en Famagusta, Chipre, todos los soldados se despidieron de cada uno de nosotros, y le dieron una palmadita a Lou en la espalda diciéndole: “Tómeselo con calma, Reverendo”.

Cuando desembarcamos un comandante pidió en inglés cuatro voluntarios para vigilar el equipaje. Como ninguno se presentó, él los escogió de diferentes partes de la multitud. Por pura casualidad escogió a Lou, a Eli, a mí y a nuestro camarero español. Nos preguntó si alguno de nosotros hablaba inglés y todos nos hicimos los desentendidos. Entonces murmuró algo así como “estos judíos sólo hablan inglés cuando quieren un cigarrillo”. Finalmente nuestro cocinero español dijo: “Ai spik a litel english”. Así que

¹ Literalmente “Descanso imperial” y “Comodidad imperial” [NdT].

escuchábamos el inglés del comandante y fingíamos entender cuando el cocinero lo traducía al español.

Nos montaron en camiones y nos llevaron al otro lado de la isla cerca de Lanarca, donde estaban los campos de refugiados. Allí pasamos por un control del ejército y del C.I.D.¹ que consistió en una búsqueda de armas, dinero que los británicos guardaban en depósito, y objetos de valor con los que a veces se quedaban, si el refugiado estaba demasiado asustado como para quejarse.

Tan pronto como Pesado entró allí, un soldado le dijo: “¿Qué demonios tás haciendo aquí, yanki?”. Pesado simplemente le miró con indiferencia. Pero cuando se desnudó y reveló todas las águilas americanas, anclas y sirenas que tenía tatuadas de pies a cabeza, lo llevaron aparte. Todo lo que diría serían las frases *yiddish* que le habíamos enseñado, pero encontraron una tarjeta de reclutamiento que él había cosido en sus pantalones, así que decidió que también podría hablar en inglés.

Lo llevaron a la oficina del Comandante, donde estaba trabajando una muchacha del campo de refugiados. Ella nos dijo luego que el Comandante le había preguntado a él qué estaba haciendo allí. Pesado respondió: “Voy a Palestina”.

—“No eres judío, ¿por qué quieres ir?”.

—“Todo el mundo está yendo para allá”.

—“Bien, te dejaremos regresar a América si nos dices quiénes son los otros miembros de la tripulación”.

—“Me gustaría quedar a solas con usted, Comandante” —el comandante se levantó— “para romperle la cara”.

Lo dejaron en el calabozo toda la noche y tuvo otra entrevista con el Comandante. Éste le dijo que lo iban a poner en el campo de concentración con el resto de los refugiados para ver si le seguía gustando después de un par de años.

Aún está allí, vigilado por los británicos. Ha llenado los documentos de deportación, pero ese tipo de cosas parecen marchar lentamente. Mientras tanto, los refugiados le hacen de sirvientes en todo, y la *Haganá* le hace llegar una botella de coñac cada pocos días, pero ninguno de los otros americanos puede verlo por miedo a ser identificados.

Algunos de los otros muchachos se salvaron por poquito, dado que había un judío rumano en el punto de control, miembro del ejército británico, que podía hablar todos los dialectos europeos. Parecía haber trabajado con los nazis en Rumania, pero a los británicos no les era de mucha utilidad.

¹ Por *Criminal Investigation Department*: Departamento de Investigación Criminal Británico [NdT].

Después del control, nos condujeron al campo, nos dieron una manta, un plato, un tenedor y un cuchillo, y dejaron que nos las arregláramos por nuestra cuenta. Los británicos dejan la organización de los campos enteramente a los mismos refugiados, con la ayuda del Comité Conjunto de Distribución y la Agencia Judía. Casi nunca veíamos a algún soldado británico, a excepción de los que vigilaban la cerca de alambre de púas y los que manejaban los camiones de comida.

Los campos consistían apenas de algunas tiendas de campaña, barracas prefabricadas Quonset¹ y algunas barracas de duchas.

Después de que un refugiado había estado diez meses en la isla seguramente habría conseguido algún espacio en una barraca Quonset y habría logrado ciertas comodidades. Si está con su esposa, pueden cocinar su propia comida, pero deben comer en los salones comedores y compartir las tareas de la cocina. La comida consistía principalmente en papas deshidratadas y macarrones, con alguna carne, vegetales locales, café y margarina. No está a un nivel que implique inanición, pero la salud de la mayoría de la gente es bastante pobre. La mayoría tuvimos disentería y furúnculos durante nuestra estadía de dos meses. La dieta a base de féculas parece tener un efecto peculiar en las mujeres —todas se desarrollan muy bien en la parte superior del pecho—. De hecho, no hay una sola muchacha en Chipre que tuviese algo que envidiarle a Lana Turner.

Los chicos de la tripulación vivíamos juntos en una barraca Quonset, fácilmente distinguible por su interior descuidado y el gran barril de vino adentro. La *Haganá* nos compraba un barril de la cosecha local todas las semanas y la celebración que teníamos cuando éste llegaba era nuestra manera de registrar el paso del tiempo. Los refugiados se entretenían más constructivamente, jugaban fútbol, practicaban tácticas de comando de la *Haganá*, montaban obras teatrales de aficionados o bailaban las danzas folclóricas palestinas alrededor de una fogata.

Habíamos escuchado a los británicos afirmar que había agentes soviéticos entre los refugiados. Sin embargo, hasta ahora, los británicos no han revelado cómo se enteraron de eso. Una cosa es bastante segura: no han identificado a ningún agente ruso entre los inmigrantes de los barcos capturados. Ni siquiera se han molestado en buscarlos.

El “control” del ejército y del C.I.D. británicos sobre los refugiados que iban a Chipre y entraban a Palestina era tan inepto que los treinta y ocho miembros americanos de la tripulación del barco *Redención*, de la *Haganá*, incluido yo mismo, lo pasamos sin ser identificados. Nuestros intentos para disfrazarnos como refugiados eran definitivamente de aficionados. La gente que estaba en Chipre nos identificó como americanos antes de que abrieramos la boca siquiera.

¿Alguien sabía de algún agente soviético? La respuesta era “No”.

¹ Estructura ligera de acero galvanizado [NdT].

Había allá mucha gente que había estado en Rusia; pero la mayoría compartía las opiniones de un judeo-americano, un ex *wobbly*¹ que se había decepcionado en Rusia al inicio de los años treinta. Por ser de mentalidad demasiado independiente, lo habían apartado discretamente en Siberia, para que se enfriara. Lo habían liberado para que trabajara durante la guerra, ocasión que aprovechó para cruzar a Rumania donde se había sumado a la inmigración ilegal. Tenía sólo cuarenta años, pero su salud y su ánimo estaban completamente arruinados.

La gente que simpatizaba con el estalinismo eran miembros de un partido político sionista llamado *Hashomer Hatzair*, que agrupaba aproximadamente a un quince por ciento de los refugiados. Mientras estuvimos en Chipre celebraron el aniversario de la Revolución Rusa desfilando con fotos de Marx y Lenin. Pero la mayoría de los miembros que yo conocía me hacían un guiño cuando pasaban frente a mí. Se tomaban su política con ciertas reservas. Se habían unido a la organización en Rumania porque sus miembros eran los que más rápido salían de Europa. Los Comunistas prefieren dejar que se vayan sus simpatizantes, antes que aquellos que les son abiertamente críticos. Y a pesar de su simpatía por el estalinismo, el *Hashomer* ejerce un comunismo real y democrático en sus asentamientos colectivos en Palestina.

La mayoría de los partidarios de los rusos eran muchachos y muchachas muy jóvenes que habían pasado sus vidas en los campos de concentración alemanes hasta que el Ejército Rojo los liberó. Un muchacho me dijo que, después de liberarlo de un campo cerca de Praga, los Soldados Rojos lo llevaron a una comida que estaba destinada para los oficiales de la S.S. Comparados con los nazis, ellos eran espléndidos.

En cualquier caso, incluso estos simpatizantes del *Hashomer* estaban tan lejos de ser agentes estalinistas como los miembros del *Hashomer* aquí en América. Eran judíos primero y socialistas después. En su mayoría venían de la zona americana, de Francia y de Italia.

Algunos días después de que llegáramos, la tripulación de un barco anterior, el *Despite*, partió. Era una pequeña nave de desembarco que había navegado desde Italia ondeando la bandera egipcia. Habían llegado a aproximadamente cincuenta millas de Palestina, sin ser notados aún por los británicos, cuando el capitán notó una luz intermitente en la popa del barco. Algunas horas después el *Despite* era abordado por los británicos. Entonces una chica, que fue reconocida como la que hacía las señales con el foco, dio un paso al frente y procedió a identificar a los miembros de la tripulación. Los encerraron en la bodega. Sin embargo, en la confusión del desembarque en Haifa, la tripulación se escapó y se mezcló con los refugiados, y los británicos lo dejaron así. La chica fue a Inglaterra. Su media hermana, que estaba en Chipre, dijo que el padre de la traidora era un agregado militar británico en Hungría y que la madre de ambas era judía, pero ella nunca había sospechado que su hermana estuviese trabajando para los británicos. Claro que la *Haganá*

¹ *Wobbly*: miembro de la organización sindical IWW, *Industrial Workers of the World* [NdT].

estaba interesada en encontrarla, aunque el joven pelirrojo Capitán del *Despite* no decía qué le pasaría a ella si la encontraban.

La técnica para sacarnos de Chipre era sencilla. La lista de los setecientos cincuenta refugiados a los que se les permitía irse cada mes se hacía en base al orden de llegada. Íbamos a asumir los nombres de otras personas en esa lista, quienes por lo tanto se retrasarían un mes. Esas personas ya habían esperado casi un año, pero se comprendía que los marineros debían salir primero.

Aun así, no había suficientes lugares para todos nosotros; así que cuatro muchachos se ofrecieron voluntariamente a quedarse hasta el próximo cupo. Labal, el escritor del Greenwich Village, fue el primero en ofrecerse de voluntario. Estaba recibiendo tres comidas completas al día, sin trabajar, y para rematar era un héroe.

Uno de nuestros voluntarios gentiles, Dave Blake, también estaba dispuesto a quedarse. Dave era un químico graduado que quería vivir como un trabajador agrícola en un asentamiento comunal en Palestina, donde él sentía que la vida sería más natural y justa que en América. Siempre se mantuvo un poco distante del resto de nosotros. Nosotros no podíamos entender que un hombre se dedicara a estudiar hebreo cuando podía bajar a tierra en Francia a perseguir mujeres. Ni pudimos entenderlo, después de que llegamos a Palestina, cuando Dave tomó los \$100 que la *Haganá* nos dio a cada uno y se fue directo a un asentamiento para darle el dinero a la tesorería comunal. Cuando lo visitamos allí, estaba trabajando duro en los campos y hablando un bello hebreo. Se veía mucho más feliz de lo que había sido alguna vez con nosotros.

Fue siete semanas después de nuestra llegada a Chipre cuando pasamos por el control británico de nuevo y abordamos el barco fletado por la Agencia Judía para llevarnos a Palestina. Las otras personas estaban eufóricas, pero nosotros estábamos abatidos ante la idea de tener que pasar un mes más en el campo de cuarentena británico en Atlit, cerca de Haifa. Desde luego, podíamos tomar medidas heroicas como John, nuestro comandante, que se había ido el mes anterior. Se había escapado deslizándose por el lado del barco, en las afueras del puerto de Haifa, y había permanecido en el agua nueve horas antes de encontrar un lugar por donde podía salir del agua sin ser visto por los árabes o los ingleses.

Por lo demás, parecía que nos quedaríamos atascados, así que me atiborré de galletas, de las del barco, sin saber cuándo tendría mi próxima comida.

Cuando el barco llegó al muelle, empezamos a explorar considerando métodos de escape; pero pronto nos encontramos en los autobuses que iban a Atlit. Tanques y motociclistas británicos nos iban vigilando. No había guardias en los autobuses y los conductores eran judíos.

Le dijimos al conductor que éramos marineros y que queríamos tratar de escapar. Él asintió con la cabeza y pronto todos los autobuses se detuvieron, casi chocando entre sí. La

puerta se abrió y, según supe posteriormente, dieciséis de nosotros salimos en desbandada. Fui el primer hombre en salir de nuestro autobús. Aún no sé si fue que salté o si fue que “Acción Jackson” me empujó desde atrás. Luego caminamos en línea recta por la calle hasta un taller árabe donde preguntamos por repuestos para un Ford ’38. Cuando vimos que el convoy se había ido, caminamos por la calle hasta que un carro se detuvo y el conductor nos preguntó en hebreo cómo llegar a cierta calle. En vez de responder: “Yo mismo soy un forastero aquí”, nos subimos al asiento trasero y le pedimos que nos llevara a una determinada dirección en la ciudad.

En pocos minutos más, estábamos a salvo en una habitación del mejor hotel en Haifa. Allí encontramos a ocho de los muchachos. Los otros habían sido capturados y enviados a Atlit. Todo era nuevo y maravilloso para nosotros en el hotel: agua caliente, camas, lencería limpia, y por último, una enorme cena con rosbif.

Todos se volvieron hacia mí, porque estaba maldiciendo. No podía comer ni un bocado. Todavía estaba lleno con aquellas malditas galletas.

(-1948)

Traducción de Miriam Paredes,
Pasante de la Escuela de Idiomas Modernos, UCV

Revisión Luz Marina Barreto
Facultad de Humanidades, UCV